

Callejones y mansiones o la reconstrucción de los espacios públicos en Lima (1895-1919)

Alicia del Águila

ABORDAR LA POLÍTICA A PARTIR DE SUS ESPACIOS, reconstruir el sentido del orden de una época desde la publicidad o la experiencia cotidiana de la política, son temas poco o nada explorados en nuestro país.

El análisis de las prácticas políticas dentro del marco de la espacialidad pública, nos ubica obligadamente en las ciudades. En el caso que estudiamos, la “república aristocrática” (1895-1919) peruana —periodo especialmente centralista—, la ciudad marco de análisis fue Lima, la capital del país.

La República de Notables

Primero, una breve reseña de la época estudiada. La llamada “república aristocrática” (que nosotros denominamos de notables) se inició en 1895, con la revolución que diera fin al segundo militarismo. Si bien inicialmente hubo un poder compartido por dos partidos, el Civil y el Demócrata, en poco tiempo el segundo fue desplazado del mismo. El civilismo y la “república aristocrática” son dos ideas que se vinculan estrechamente en la historiografía peruana. No fue sino hasta 1912, con el movimiento prepopulista (según Basadre) de Billinghurst, que el partido fue desplazado del gobierno por un breve tiempo.

La república de notables o “aristocrática” estaba basada en la exclusión de las mayorías a la participación política. Los partidos, extremadamente cerrados, estaban integrados por la gente “notable”, hacendados, caciques, comerciantes de éxito, financistas, profesionales renombrados, industriales, en fin, la oligarquía y lo más encumbrado de la pequeña burguesía. Sin embargo, dentro de las ciudades, sobre todo, había un considerable sector de votantes que no pertenecía a esos grupos

sociales, y que tampoco era admitido en la vida política oficial. Los vínculos clientelísticos y de padrinazgo aseguraban una relación vertical de legitimación.

Sin embargo, estos lazos personales hacían aparentemente posible la estabilidad del orden, en tanto la inmensa mayoría de la población rural y provinciana no irrumpiera activamente en la escena social del país. Durante la década de 1910-1920 ocurrió algo de esto: las clases medias del interior, especialmente, fueron presionando por la apertura de los espacios públicos, y por su inclusión en un orden que hasta el momento no las había considerado. Así, en 1919, fecha en la que se cruzan varios eventos sociales, especialmente las luchas laborales y estudiantiles, el civilismo pierde en su última elección.

Tenemos, entonces, una democracia restringida, que funciona con relativa estabilidad, pero que a su vez, excluye de la participación a las mayorías.

Las redes informales de legitimación pueden ser mejor estudiadas si “acercamos el lente” hacia la vida cotidiana de los ciudadanos, hacia los espacios usuales de la experiencia política.

La “lectura” de los espacios públicos

¿Por qué los espacios públicos? Porque son éstos por definición los lugares de la discusión política, al menos en la modernidad anterior a la era de los medios masivos de comunicación. *El tipo de “publicidad” de un orden político es un aspecto central en la estructura regulativa de cada sistema.*

Los espacios delimitan las discusiones, esto es, la confianza para abordar temas, el modo de hacerlo e incluso los sujetos de diálogo. Como señala Da Matta (1987: 51), no se trata de “máscaras” que la gente se pone o se quita, según se encuentre en la casa o en la calle. Ocurre que son esferas de sentido que norman el comportamiento. Cualquier evento puede ser “leído” desde la perspectiva de la casa (básicamente conservadora, renuente a los cambios, al individualismo), o la de la calle (donde existe la *posibilidad* de más apertura, hasta de desenfado). Cuando se dice que hay cosas que en el hogar no se pueden decir, o más bien deben decirse de otro modo, no se está estableciendo una norma hipócrita. Resulta, simplemente, que su lógica jerárquica no tiene nada que ver con los criterios de individualidad ciudadana. Los espacios delimitan, más que temas, la lógica e incluso el estilo argumentativo (1991).

Ahora bien, estos espacios delimitan en sus dos dimensiones:

Como lugares físicos. Definidos en su materialidad. Así, una calle

ancha facilitará las marchas masivas más que las pequeñas, pero también hará más fácil la represión, si tiene pocas salidas y recovecos.

Como espacios “practicados” o simbólicos. Es decir, el sentido que adquieren los lugares físicos al ser recorridos, resemantizados por los actores (políticos, en nuestro trabajo). Por ejemplo, una calle es, en principio, una vía de comunicación al interior de una ciudad; se entrecruza con otras y forman así una red de tránsito. Sin embargo, adquiere significados diversos para los transeúntes, más allá de esa función, ya sea como espacio comercial, de recreación, de reunión política, o “popular”, “burguesa”, de bohemia, etc. Es lo que denomina Merleau-Ponty “espacio antropológico”. No son distintos a los espacios físicos; son los lugares mismos al ser caminados por diversas personas. Cuando nos referimos a espacios, es en este sentido (que incluye al material).

Para analizar los centros públicos, una primera diferencia básica la establecimos entre micro y macro espacios. Lo que denominamos microespacios, como las calles, las plazas, los cafés o los callejones a los cuales dedicamos la sección 3 de este capítulo (“Los micro espacios”), los considerados como las unidades diferenciales del comportamiento público (en el sentido que ya hemos explicado).

Sin embargo, creemos que existe otro nivel de espacialidad urbano más amplio y también significativo: los barrios. Más aún, cuando en la época en que situamos nuestro estudio (comienzos del siglo xx), Lima no estaba tan articulada como en el presente, por lo que los barrios constituyeron los espacios de referencia más importantes.

Espacios de referencia: los barrios de Lima

Recordando sus tiempos de infancia, cuando la revolución de 1895, José Gálvez evoca una Lima de “aldea”, según sus propias palabras, donde el tiempo era marcado por las campanas de las iglesias y la tranquilidad y el sosiego acompañaban los paseos de los buenos limeños.¹

Esta imagen de Lima, evocada con nostalgia (aunque sería injusto calificar a Gálvez como conservador) tiene algo de cierto y otro poco de recuerdo idealizado. La Lima que se va era la de los faïtes, las jaranas, los mataperros, las conversaciones de balcón a balcón, las serenatas, los

¹ González Prada expresa de modo irónico en *Figuras y figurones*: “hasta el perro era más dulce y manso en Lima que en parte alguna” (p.21). Para este ácido crítico de las costumbres nacionales, los limeños se distinguían por lo “cortesanescó” y “diplomático”. Salazar Bondy afirmaría algo parecido medio siglo más tarde (ver *Lima la horrible*, especialmente el capítulo sobre la “lisura” y el humor de los limeños).

paseos en la Alameda, las tertulias, las fonditas; todo eso fue cediendo paso a la luz eléctrica, los tranvías, el cine, los restaurantes extranjeros y algunas grandes avenidas. Esta transformación empezó a darse en la década anterior a la guerra del Pacífico, cuando el presidente Balta ordenó la demolición de las murallas de Lima y encargó al ingeniero norteamericano, Enrique Meiggs, obras como el Palacio y los Jardines de la Exposición. La guerra y la posterior crisis interrumpieron ese desarrollo que fuera retomado a fines del siglo pasado, en el gobierno de Piérola. Durante su gestión se inició el Paseo Colón, destinado a remplazar al tradicional de la Alameda, ubicado en el popular barrio de Abajo el Puente (Rímac); también la avenida La Colmena, al estilo de las que diseñara Haussmann.² Lima empezaba a cambiar, a articularse, se hacía cada vez menos aldeana, aunque todavía el ambiente y “espíritu de barrio” marcaban el sentimiento de pertenencia de los sujetos, por encima de la referencia “ciudadana”. Steve Stein, estudioso de la clase obrera a principios de siglo en la capital peruana, señala:

Lima [...] era más la conjunción de una serie de barrios con cierta autonomía e identidad antes que una ciudad moderna. Existía una cultura de barrio, local, que justamente tenía sus máximas expresiones en los sectores populares que buscaban alguna identidad ya sea en la música, la danza, la jarana, etc., fenómeno que no ocurría en los barrios de las clases altas (1982).

Por un lado, autonomía barrial, por otro, identidad cultural. Stein hace referencia a los “sectores populares” y a las “clases altas”. Puede parecer una gran distinción, pero resulta la primera y más notoria diferenciación de la ciudad de Lima de entonces:

El [río] Rímac constituye de hecho un *límite social*. Más allá del Rímac, para el limeño, es huachafaría.³ Más aquí del Rímac es aristocracia. Así es que fundamentalmente las calles de Lima las podríamos dividir en calles aristocráticas y calles huachafas (Otero, 1926: 32-33).

² Sin embargo, en realidad sólo puede decirse que Buenos Aires, Montevideo y Río de Janeiro realizaron una transformación de acuerdo con la concepción del espacio en Haussmann. En Buenos Aires esto significó una previa demolición de buena parte del centro; en Río de Janeiro, tuvieron que ser demolidas 700 casas sólo para abrir la Avenida Central (luego Río Branco), y toda la zona antigua sufrió transformaciones. Ello, en cambio, no ocurrió en ciudades como Lima, ya que allí se procuró no tocar el casco antiguo; apenas se construyeron algunas avenidas a partir de los límites del centro, en los nuevos espacios urbanizados o por urbanizar (Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, pp. 275-276).

³ Mal gusto. Forma de aludir a las costumbres de grupos socialmente inferiores que adquieren hábitos que no les son propios.

Centro de Lima: “aristocracia”; Abajo el Puente: “pueblo”. Dos espacios cortados por el paso del río Rímac. Ésta era la distinción más importante de la capital peruana a principios de siglo.

Centro de Lima

En los solares del centro aún vivían, en 1895, las principales familias de la oligarquía. Las tiendas en torno estaban marcadas por las modas extranjeras, las calles eran recorridas por coches particulares, sus residentes frecuentaban los teatros, iban a los conciertos, a los bailes de sociedad, a los clubes sociales, etc. Sin embargo, no se trataba de un ghetto: había también calles populares y otras intermedias.⁴ Por ejemplo, escribe Gamarra, “existían calles como la del callejón de Petateros”, “pasadizo lleno de fonditas de chinos, de tiendecitas y panaderías, desaseado, ruinoso, callejuela del pueblo, adefesio acurrucado entre las sedas del Portal de Botoneros y los artículos de fantasía de los almacenes”(Ortega, 1986: 100).

Las calles intermedias, es decir, entre lo popular y elitista, eran las dedicadas al comercio. Inicialmente, adquirieron sus nombres de los productos que podía encontrarse en ellas, pero los usos cambiaron con el tiempo. Así, la de Mantas era la calle de los bebedores; la del Rastro, de cueros y zapatos; la de Polvos Azules, de baúles y colchones; la del Chivato y Borricos, de “movida”, pianitos ambulantes, flores de anís, etcétera.

Pero la gran calle “neutral” era el Jirón de la Unión. Tal vez más bien burguesa, por la proliferación de cafés (sobre todo a partir del año diez), tiendas a la moda y algunos periódicos en sus calles aledañas. De hecho, Nolo Beaz (es decir, el viajero boliviano Gustavo Adolfo Otero), lo describía como “la calle de todos” (1926: 33).

A pesar de estas distinciones intraespaciales, podemos decir que, aun cuando estuviera abierta a todos, la gente debía ingresar y comportarse tomando en cuenta el valor del Centro como tal, es decir, como sede de los poderes político, social y religioso y lugar donde vivía y se exhibía la élite del país.

Sus calles no eran como cualquier otra. La gente se exhibía, buscaba ser reconocida, identificada dentro de la jerarquía social (por supuesto la auto percepción de su ubicación no necesariamente coincidía con la apre-

⁴ Incluso, en una calle del centro podían convivir casonas fastuosas, con más de un patio, junto a otras remodeladas al estilo “americano”, Y pulperías de clientela popular (ver Luis Alberto Sánchez, *Testimonio Personal*, t. I, p. 62).

ciación de los otros). Así, el privilegio por la primacía en la vereda podía ser una causa de litigio bastante serio, como por lo menos lo consideraron dos generales que, en 1904⁵ llegaron a las manos por asumir cada cual que debía tener el lado preferencial. Según la versión del general Canevaro, el general Borgoño aparentemente se negó a cederle el paso, al que el primero suponía tener derecho por ser su superior. “Borgoño le contestó que no tenía razón de guardar consideraciones especiales acompañando este dicho con un fuerte golpe dado en el bastón” (versión de Canevaro). Al parecer, al viejo general las palabras de Borgoño le resultaron una afrenta (pues según la versión de este último fue Canevaro quien, indignado, comenzó con los insultos): aun en la calle había de reconocerle su primacía jerárquica.

Abajo el Puente

Era la zona de Lima ubicada atravesando el río Rímac, en la orilla contraria al Palacio de Gobierno, el cual le daba la espalda. En realidad, al parecer existía más de un barrio en su interior, pero se le denominaba Abajo el Puente.

Stein refiere que los bajoportinos (que se llamaban así antes que limeños) no acostumbraban subir al centro de Lima, a pesar de que ello significaba únicamente cruzar el puente. “La vida giraba alrededor de la calle, del mercadito y de la iglesia más cercana” (1986: 13).

La calle más importante era Malambo, antiguo arrabal de San Lázaro. En 1787, estaba constituido por cinco cuadras. Detrás de ella, las más importantes quintas o casas de campo de la colonia, habitadas por gran cantidad de esclavos. En la república, después de la abolición de la esclavitud, Malambo quedó como calle de negros, los cuales vivían en antiguas casonas que terminaron convertidas en populosos callejones.

Abajo el Puente era, entonces, un barrio popular, de jarana (fiesta criolla), donde iban los bohemios de las clases media y alta limeñas para “armar bullas” nocturnas. La considerable población negra y mulata la diferenciaba de otros barrios populares: allí, por ejemplo, se empezaron a escuchar, antes que en ningún otro lugar de Lima, los primeros acordes de la música afroperuana, procedentes de las haciendas costeras del sur. Allí también parece que se tocaron, por primera vez en la capital, las canciones del bandolero Pardo, vales que protestaban contra la in-

⁵ Archivo General de la Nación, *Ministerio de Guerra y Policía. Prefectura de Lima*, f. 675, 1904.

justicia social.⁶ Fue también Abajo el Puente lugar de chicherías y picanterías célebres.

Como veremos, la política oficial no pasaba por Abajo el Puente. Apenas se formaban clubes políticos, cuya gente debía trasladarse al centro si quería participar en las manifestaciones públicas.

Otros barrios populares

Sin ser exhaustivos en ello, tenemos que mencionar otros barrios como La Parada, Barbones, Cangallo y Barrios Altos. Todos éstos al lado opuesto del Rímac, donde terminaba el centro, en sus extremos sur y sureste. La Parada era (y es) barrio de tiendecitas y mercados, junto al barrio chino.

Los otros se ubicaban más bien en la periferia, al sureste de la ciudad. Siguiendo a Gamarra, podemos decir que se caracterizaban por sus fiestas populares: pelea de gallos, presentación de juegos acrobáticos, títeres, corridas de toros (Ortega, *ibidem*: 99).

Cada uno de estos barrios, además de Abajo el Puente, presentaba características peculiares en sus expresiones culturales (Llorens, 1983: 27). Así, la música criolla (vals, polca) era común a estos lugares, pero podían distinguirse los estilos interpretativos de acuerdo con los barrios de pertenencia, por ejemplo, en el punteo de guitarra o el seguimiento del ritmo. Las competencias entre barrios eran frecuentes, teniendo cada cual sus intérpretes representativos.

Otra expresión popular que marcó la identidad barrial fue el fútbol. Además de los equipos de obreros en algunas fábricas, también aparecieron otros de acuerdo con la vecindad. Así, fueron importantes el Unión Buenos Aires del puerto del Callao y el Sport Alianza de La Victoria (primer barrio popular que naciera extramuros, con el derrumbe de las murallas de Lima, antes de la guerra del Pacífico). “Cuando ganaba el Alianza ganaba La Victoria”, recuerda un limeño de la época.⁷ Como otros

⁶ Por ejemplo, una estrofa de alguno de estos valsos, decía: “yo aborrezco la injusticia/ yo quiero al que es desgraciado./ Al que vive abandonado/ sólo por torpe malicia;/ yo maldigo la injusticia/ de tanta gente menguada. /Porque al fin de la jornada,/ puesto que la vida es corta,/ la vida a mí qué me importa/ porque, ¿qué es la vida? Nada”. Un vals que va en sentido contrario a aquellas interpretaciones que señalan a esta expresión artística como marcada por un tono profundo e irremediabilmente resignado (por decir lo menos). Pardo se constituyó en un héroe popular. Luego de morir emboscado por las fuerzas del orden, su pueblo natal lo declaró “Hijo ilustre y benefactor de los pobres”. Ver Aurelio Collantes, *Canción criolla*, 1972, Lima, Imprenta La Cotera.

⁷ Pedro Frías, entrevista de Steve Stein, *ibidem*: 135.

eventos de rivalidad ritualizada, el triunfo llevaba a la fiesta, al baile y al encuentro local.

Nuevos barrios residenciales y balnearios

Como ocurrió en otras ciudades del continente (Romero, 1976: 276 y ss.) la élite que vivía en el centro fue saliendo de él, ante el poblamiento cada vez mayor de sectores medios y populares y su paulatino deterioro. La excepción relativa fueron Río de Janeiro y Buenos Aires, que modernizaron su arquitectura y lograron mantener el prestigio del centro.

Así, coincidiendo con la tendencia continental, nuevas áreas residenciales se empezaron a construir por esa época en las zonas sur y suroeste de Lima, a partir del Paseo Colón y los Jardines de la Exposición, considerados los espacios sociales “modernos” de Lima. Aparecieron los primeros barrios en “mirar” al mar: Magdalena y San Miguel.

Aún se conservan esas casonas de estilo europeo y otras, construidas a partir de la década de los años diez, más bien neocoloniales.

Por el sur, los notables se trasladaron a los balnearios de Miraflores, Barranco y Chorrillos. El primero empezaba a convertirse en barrio de sectores adinerados y comerciantes extranjeros. Barranco era sobre todo lugar de viviendas de clase media pudiente al lado de callejones tugurizados. Más adelante, siguiendo el litoral, se encuentra Chorrillos, balneario de veraneo preferido por la élite social. El club de Chorrillos era de los más selectos de la ciudad.

Movilidad social y espacialidad

Durante el virreinato y hasta finales del siglo pasado, la Plaza de Armas fue el corazón de la ciudad. Era, fundamentalmente, un mercado, un lugar de intercambio, de tránsito y de voces múltiples. Se trataba de una plaza llena de comerciantes, escribanos y artesanos ambulantes, donde existían fondas con sillas en las calles, baños, tienditas variopintas, etc. Todo eso cambió.

Luego, en la última década del siglo pasado, siguiendo las tendencias europeas de racionalización del espacio, la plaza pasó por un cambio de uso y, consecuentemente, de tipo de gente: de mercado se convirtió en centro casi exclusivo de la oficialidad, en entorno público, una vez racionalizado su espacio, de los centros de reunión más cerrados (en los clubes que daban al parque, el Palacio de gobierno y el Municipio) y el lugar de las ceremonias oficiales. Las multitudes eran convocadas también, pero

ya no para ir “a su aire”, sino como espectadoras de dichas ceremonias (sobre todo desfiles militares).

Un par de décadas antes de que se reformara la Plaza de Armas, el lugar de paseo de la “gente” limeña ya se había trasladado de la Alameda de los Descalzos (Abajo el Puente) a los Jardines de la Exposición. Como habíamos dicho, Abajo el Puente se fue popularizando aún más, por lo que, podemos decir, salir de ahí pudo ser una manera de distanciarse. (La primera de una serie de huidas hacia el sur que protagonizaron a lo largo del siglo xx las clases acaudaladas.) La Exposición fue la alternativa, con el Paseo Colón en medio (construido por Piérola), con su club social y el símbolo máximo de la modernidad, el edificio que fuera el aporte de Perú a la Exposición Universal de París. A partir de allí, hacia el sur y suroeste, se fue extendiendo una nueva Lima: casonas residenciales construidas “anhelando una modernidad o un seudoclasicismo que en comparación con otros centros de mayor volumen, tenía que resultar mediocre” (Basadre, 1968: X, 287-28) y balnearios distantes del centro, separados por chacras y fundos. Balnearios que, como hemos dicho, tenían también sus clubes donde la élite podía reunirse con la tranquilidad de saberse *entre nous*.

Así, podemos interpretar el alejamiento del centro (y de la Alameda, ubicada sólo detrás del palacio, cruzando el puente) como una opción de las élites: tomar distancia de los “premodernos”, así como la voluntad de aquéllos por acercarse más al progreso, identificado como lo extranjero.

Pero hubo una tercera tendencia, un poco posterior. Ante el copiamiento de la Plaza de Armas, el espacio preferente de la vida social se trasladó hacia una calle que da a la plaza, en el lado sur: el Jirón de la Unión. Podemos decir que se trató de un lugar, si bien general, con un sello más propiamente burgués:⁸ allí estaban los cafés, las confiterías; entroncaba con las calles de los periódicos, restaurantes, pulperías y hostales. Es decir, los espacios menos restringidos, conectados con los generales. Estas cuadras encerraron el *lugar del diálogo alternativo al de los clubes. Uno más abierto*, público por excelencia, sobre todo desde la segunda década del presente siglo. (Posteriormente, hubo un desplazamiento espacial hacia el otro extremo del Jirón de la Unión, la Plaza de la Micheo, luego San Martín. Remodelada en 1921, se fue constituyendo, a lo largo de este siglo, en el nuevo centro público de Lima. Fue convir-

⁸ Es posible, para hacer una lectura más precisa de los espacios, anotar no sólo el carácter de cada uno, de acuerdo con su nivel de inclusión (como veremos más adelante), sino también la predominancia de clase que alguno tuviera. No resulta extraño afirmar que una calle puede ser más popular o burguesa que otra.

tiéndose en el espacio más general, de notables y sectores populares. Poco a poco, desde los cincuenta, con el retiro definitivo de las clases media y alta del centro, fue pasando a ser el lugar popular por excelencia, el lugar de las revueltas. Pero ésta es ya otra historia.)

Es posible, en síntesis, distinguir tres tendencias.

Una, más bien tradicionalista. Los notables tomaron para sí el entorno de la Plaza de Armas, con sus clubes exclusivos. Un lugar que, en lo posible, en una Lima aún no tan segmentada socialmente, se despolarizó. O más bien, afianzó su carácter oficialista por medio de una racionalización arbitraria del espacio.

La segunda tendencia, también estaba acorde con el discurso oligárquico, pero más atraída por la idea de modernidad, identificada con progresismo, en los sentidos económico y técnico de la palabra. Que buscaba en el contacto con lo extranjero esa modernidad. A fines del siglo pasado, llevó al alejamiento del lugar principal de recreación de los notables hacia el suroeste de la ciudad, fuera de lo que entonces era el centro de Lima (ver mapa 2).

En ambos casos, la idea era buscar (o reencontrar) la selectividad de los sujetos en sus espacios. Aun entre los partidarios de la modernidad, en la élite social, para los cuales podemos imputar esta relación:

Tendencia “oligárquica”: modernidad —> selectividad

Tres, la tendencia hacia la “integración social” del centro. Un traslado lineal de la Plaza de Armas hacia el Jirón de la Unión (ver mapa 3). Este supuesto “aburguesamiento” (confluencia variada de ciudadanos en centros restringidos bajo el criterio casi exclusivo del dinero), no exento de actitudes contradictorias, fue empujado, sobre todo, por una clase pudiente y medio provinciana, en buena parte instruida, que reclamaba un espacio en los órdenes social y político (sin necesariamente proponer una revolución o el trastocamiento del sistema):

Tendencia “integradora”: modernidad —> apertura

Los micro espacios

La distinción entre los diversos niveles de lo público y de lo privado no es un asunto poco relevante. Como hemos explicado anteriormente, se trata de esferas con diferente capacidad decisoria, estilo argumentativo e inclusividad. Este corte de lo público, es útil entonces, para evaluar las prácticas políticas al interior de cada uno de esos espacios y sus combinaciones interesaciales.

En este sentido, definimos *grosso modo*, los micro espacios públicos más relevantes, clasificándolos de acuerdo con su nivel de apertura o “publicidad”. Así, construimos un *continuum* desde los centros más exclusivos hasta los más generales, pasando por los restringidos. (Dentro de los tipos de espacio definidos como restringidos y generales, diferenciamos los casos “más” y “menos”.)

No creemos que ordenarlos de esa manera conlleve una calificación necesariamente positiva o negativa, de alguno de éstos. Pensamos que tanto en las sociedades cortesanas como en las democracias modernas existen espacios restringidos (los partidos, por ejemplo) como lugares netamente abiertos para todo público. Creemos que lo que nos da idea del carácter general (más democrático o restrictivo) de la vida política en una sociedad, son las reglas de juego, las relaciones intra e interesaciales combinadas y evaluadas en su conjunto. No hay una tendencia unívoca hacia la apertura; lo que encontramos con la modernización es una mayor relevancia de espacios generales. Sin embargo, los centros restringidos no desaparecen, sólo cambian en su naturaleza.

Aparte del criterio de inclusividad, consideramos importante diferenciar dos tipos de espacios:

1. Espacios de socialidad primaria

Aquellos en los que los encuentros no están condicionados por una función específica. Se concurre a esos lugares, simplemente, para reunirse con otros individuos. Las discusiones políticas, deportivas, económicas, etc., pueden ser tan variadas como lo deseen los sujetos concurrentes (dentro de los límites de permisibilidad que el espacio delimite). Son estos espacios los salones, clubes, cafés, calles, callejones, mercados, fondas, plazas, etcétera.

2. Espacios de concurrencia especializada

Centros de reunión de instituciones modernas. En ellos se discute sobre determinados temas. Hemos considerado en esta tesis como especialmente relevantes, a los partidos y a la universidad (y de modo tangencial a los sindicatos). Como éstos corresponden, dentro de nuestra clasificación, únicamente a los espacios restringidos, sólo en esa sección hemos hecho esta distinción (ver Cuadro 1).

Centros exclusivos: salones y clubes

Los salones y los clubes, si bien son espacios de debate de lo público, tienen un nivel de inclusión social bastante bajo, más bien “privativo”.

Los salones, desde el virreinato y hasta la mitad del siglo XIX, constituyeron los centros privilegiados de la discusión pública, dentro de la élite social y política. Tal vez la primera tertulia literaria, según Gálvez, 1943: 69, se diera en alguna quinta de Abajo el Puente (ts. XVI). La ventaja de la relativa distancia permitía a ese barrio ser lugar de tertulia campestre y, posteriormente, cuando fue decayendo, de bohemia para diferentes clases sociales.

Ricardo Palma cuenta, en “La bohemia de mi tiempo”, que el grupo literario de su generación (1850-1870) se reunía principalmente en los salones, como el de su “mecenas” Miguel del Carpio y el de doña Juana Manuela Gorriti (autora de una novela que causó escándalo, *La quena*, y esposa del presidente Belzú, de Bolivia).

Los salones, al ser espacios “caseros”, es decir, estar ubicados en la privacidad del hogar, no podían ser lugares de entrada libre. Para ingresar hacía falta la anuencia explícita del dueño y, lógicamente, no todos eran aceptados. Por lo general, las visitas nunca se hacían sin antes avisar, cuando había confianza, y requerían una solicitud previa cuando no la había.

A mediados del siglo pasado, las crónicas costumbristas daban cuenta de lo que algunos consideraban hábitos poco modernos de la ciudad de Lima. Esa premodernidad estaba expresada, según M. A. Segura (tal vez el mejor escritor costumbrista de la época) por la poca racionalización del espacio casero. Es decir, por no tener bien delimitadas sus zonas íntimas, respecto a las más privadas. Así, las discusiones políticas entre varones perdían su seriedad cuando el salón era “invadido” por los niños y la mujer. Es decir, se producía constantemente la intromisión de lo privado e “irracional”.⁹

De todos modos, los salones, al igual que la mayoría de los clubes, cumplían la función de integrar a la élite social al margen de sus divisiones políticas. Esta actitud extrañaba a viajeros como Flora Tristán, quien describiera, sorprendida, la elocuencia y acaloramiento de los congresis-

⁹ Ver el cuento *El té y la mazamorra*. En él, el personaje principal muestra su desagrado por tener que discutir asuntos públicos en el hogar, interrumpido por el juego bullicioso de los niños. Este último detalle resulta interesante, ya que, como señala Sennett (1978: 119), la separación entre lo público (como ámbito de la civilidad) y lo privado (ámbito de la naturaleza) hecho durante la Ilustración, se debió, en parte, a las distinciones que entonces se empezaron a marcar entre los juegos infantiles y la vida de los adultos.

tas peruanos, los cuales, al final, terminaban saliendo juntos y olvidando los temas que los separaban minutos antes.

La costumbre de las tertulias familiares y las invitaciones a los salones eran, entonces, rituales de reafirmaciones mutuas de pertenencia a esa "sociedad". Algo fundamental si se quería seguir manteniendo la posición, y aún más si se pretendía mejorar. Capelo señalaba:

Contemplando a Lima, bajo el punto de vista de la familia, puede decirse que toda la ciudad no es sino una sola familia. Así, se explica la existencia de algunas familias, que en épocas claves de la vida política del Perú se las ha visto adueñarse de todos los cargos (1895: III, 258).

A medida que la ciudad se fue modernizando y los espacios públicos resultaron más atractivos para su juventud, disminuyó el hábito de la tertulia, y con ello, un importante ritual que vinculaba estrechamente a la élite. A principios de los años veinte, Gálvez califica de "huachafa" la costumbre de la tertulia, pues comprueba que se había perdido en la gente que originalmente la cultivaba y estaba siendo adquirida por los sectores inferiores a los notables. Resulta, más que una queja por un hábito desvalorizado, una actitud descalificadora de otras clases sociales.

Los clubes, si bien ya no se trata de hogares —y por eso están más a la derecha que los salones en nuestro esquema—, también tienen un carácter bastante cerrado. Ya no es uno, el dueño de la casa, el que decide la inclusión de un miembro. Sin embargo, el grupo directivo decide sobre ello en función del criterio de la exclusividad: en nuestro país, sólo la élite de los notables podía ser miembro (incluso los nuevos ricos, para poder pertenecer a esos clubes, debían legitimizarse mediante los vínculos del matrimonio).

Surgidos en Europa con posterioridad a los cafés, su origen fue dar cabida al *habla privada*, dentro de los mismos cafés o casas de refrigerio (Sennett, 1978: 109). Es decir, se buscaba con ello no únicamente seleccionar qué escuchar, sino a quién permitir hablar.

Estos clubes aparecieron en Perú a partir de la mitad del siglo XIX. El club Nacional, sin duda el más importante (y más cerrado aún en la actualidad), fue fundado en 1855. Una década más tarde se abrió el club de La Unión. El primero, fue el local privilegiado del Partido Civil, desde que fuera inaugurado, en 1872. Al mismo tiempo, las colonias extranjeras más influyentes también fueron fundando sus respectivos clubes.

La nota dominante era la discusión política "alivianada" en aras de la concordia social (no siempre lograda) de la élite. Y es que a los clubes se iba no sólo, ni siquiera principalmente, a hablar de política. Se suponía que eran los lugares de confraternidad. Había juegos de billar y ajedrez y,

aunque hubiera también una biblioteca, solía ser, más que nada, parte del decorado.

Predominaba la moda inglesa. El tono era aristocratizante. Como hemos dicho antes, eran lugares de encuentro, generalmente al margen de las diferencias políticas. Ni siquiera había, hasta la segunda década del siglo, sociedades literarias propiamente tales (salvo el de grupos de señoras de sociedad). Capelo escribía a fines del siglo pasado:

No ha llegado a Lima, todavía, el punto de especializar los clubes, según el grado de ocupación y según el de ilustración de los asociados; y cuando se ha tratado de formar estos centros, no se ha logrado éxito alguno (*Ibidem*: 270).

Cita la excepción de la Sociedad Geográfica, que tenía una publicación periódica.

Centros restringidos

Se trata de espacios que no tienen ese sentido tan exclusivo de los salones y clubes, pero que en la práctica delimitan sus propias restricciones. Los criterios son varios. Desde el dinero y las constancias de estudios, hasta la simple mirada social, que controla y reprime.

Usando otros términos, pueden ser considerados como los espacios semiprivados y/o semipúblicos (Fernández, 1991: 25). De allí el nombre *Public house (Pub)*, dado originalmente en Inglaterra a los cafés y luego a los bares y restaurantes.

En este tipo de espacios, como se puede ver en el Cuadro 1, hacemos la diferencia (+) y (-) restringidos. El criterio está en el nivel de apertura, mayor en los últimos, respecto a los primeros. Por ejemplo, los sindicatos, frente a los trabajadores, o la Universidad de San Marcos frente a los estudiantes, o los partidos frente a los ciudadanos: ¿existía la posibilidad de que cualquiera, demostrada su capacidad (de líder sindical, político o de buen estudiante), ingresara a esos centros restringidos? La respuesta, diferente en cada caso, nos obliga a distinguir: (+) o (-) restringidos. Los partidos eran más restrictivos, pues no bastaba con ser ciudadano para pertenecer y ser miembro activo. La Universidad de San Marcos fue, tal vez, el centro que se abrió más en este periodo.

En los menos (-) restringidos existe una vinculación más frecuente con las acciones presentadas en los espacios más públicos (plazas, calles), en integración con vastos sectores de la sociedad, a los que se busca

conducir (los estudiantes en 1919, los sindicalistas obreros en las movilizaciones de 1918, etcétera).

Centros restringidos especializados

Los partidos y la Universidad de San Marcos (hasta la segunda década de este siglo), tenían una práctica distinta. Hasta 1919 existía sólo un partido significativo y dos o tres de segunda relevancia: el Civil en primer orden, y, como partidos de oposición y socios menores eventuales, el Demócrata y el Constitucional y Liberal. Sus líderes eran, principal aunque no exclusivamente, miembros del grupo de las familias que se autodenominaban aristocráticas (adineradas o venidas a menos) y del sector con más alto nivel económico. La clase media que estaba vinculada a esos partidos imitaba a sus líderes. Más adelante veremos que, en realidad, los notables eran principalmente burgueses, pero con hábitos aristocratizados. También veremos que hubo, sin embargo, diferencias sustanciales entre el Partido Civil y los demás, sobre todo, el Demócrata, fundamentalmente en la relación con los sectores populares.

San Marcos, a principios de siglo, era una universidad, si bien de entrada libre (con lo que ingresaban también sectores medios), en una línea estudiantil y magisterial dibujada completamente por los sectores de la élite. Los jóvenes estudiantes de la oligarquía (con algunas, excepciones) pasaban a ser los profesores, una vez acabados sus estudios. El círculo, en la práctica, era muy cerrado.

Sin embargo, San Marcos empezó a cambiar: la primera oleada de estudiantes provincianos fue de gente acaudalada, con lo que la conformación social no se vio afectada. Pero durante la segunda oleada, intensificada en los años diez, ingresó un fuerte componente de clase media. En una década esta universidad adquirió un sustrato social más variado y empezó a politizarse con intención de actuar fuera de su espacio, en los ámbitos más públicos.

Los sindicatos, anarquistas y clasistas, como es lógico, intentaban representar a la mayor proporción posible de obreros del país; tenían, además, un nivel de apertura (para los obreros) mayor que los dos espacios anteriores. Su papel en las fisuras del orden político fue significativo.

Centros restringidos de socialización primaria

Entre los espacios menos (-) restringidos y de diálogo diverso están los cafés. Éstos, explica Habermas, tuvieron una importancia central en la

publicidad burguesa europea. En Perú se trató de un espacio importante, si bien no tan extendido como en países del cono sur.

Sin embargo, en Lima empezaron a extenderse tempranamente: a fines del siglo XVIII ya existían siete (Flores Galindo, 1984: 9). Manuel A. Segura, en más de una crónica, usó como escenario algún café o picanterial.¹⁰ “La Bola de Oro” fue, tal vez, el café más importante de mediados del siglo XIX.

Es difícil decir si hubo cafés propiamente “literarios” (aunque algunos pretendieran serlo). En realidad, la gente pudiente y de clase media se confundía indistintamente. “El Palais Concert” fue el más célebre. Estaban también “Los Balcanes”, “El Péndola”, “La Aurora Literaria”, “La Duchesse” (Sánchez, 1974: 1964). “El Palais Concert”, ubicado en la esquina entre Baquijano y Minería, con sus salones de espejos biselados y su orquesta de damas vienesas, alternaba la música de Wagner con valsos y algún huayno de Alomías Robles, entonces de moda por “El Cóndor pasa” (Collantes, 1972). Llamar la atención sobre la música que se tocaba no es un aspecto intrascendente. Debemos tomar en cuenta que lo popular (criollo e indígena), hasta la década del diez, era visto de modo despectivo. Que se tocaran esas canciones en dichos espacios restringidos está señalando cambios de actitudes hacia lo popular y nacional.

“Los Balcanes” estaba ubicado en la Plazuelita del Teatro, por lo que solía llenarse de artistas y escritores, además de toreros y gente de la bohemia. Collantes refiere que llegó a tener su propia revista semanal, *El Noctámbulo*, de carácter humorístico.

Hubo otros centros restringidos, no precisamente cafés, famosos por su público variado: “La Heladería D’Onofrio”, los restaurantes “Jardín Estrasburgo y Can-Can”, por ejemplo. En el primero, la música de fondo era más variada que en “El Palais”. Ubicado al inicio de la avenida Grau (límite entre los espacios de la gente pudiente y los sectores populares y medios), ofrecía valsos mezclados con cantos italianos.

“El Jardín Estrasburgo” era un espacio restringido típico, donde alternaba la “clientela selecta” con la “frívola”. Su ubicación la hacía el lugar obligado de los notables: en la misma Plaza de Armas, bajo el Portal de Escribanos. Los tiempos, a pesar de ello, obligaban a esas personas a mezclarse con jaraneros como los de la famosa “Palizada”.

“El Can-Can” era uno de los centros menos restringidos, casi general. Ello se expresaba en su música, de lo más variado del repertorio popular peruano: yaravíes, marineras, tonderos. Lugar privilegiado por

¹⁰ Ver, por ejemplo, “Los viejos” en la antología *Artículos de costumbres*. No es casual que en él sus personajes discutan sobre el (inexistente) civismo de los peruanos.

los periodistas bohemios y jaranistas en general (Collantes, *Ibidem*).

Constituyeron en su momento la alternativa a los clubes, salones y centros exclusivos. Allí, no sólo se reunían los jóvenes pensadores de la oligarquía, sino la nueva generación, que en los años veinte brindaría nuevas opciones políticas y artísticas: Mariátegui, Sánchez, Vallejo (y Valdelomar, quien falleciera en 1919);¹¹ gente en su mayoría vinculada con el periodismo y que hizo de la irreverencia una manera de relacionarse con sus contemporáneos.

Centros generales

En términos simples, se caracterizan por tener entrada libre, sin condiciones de ningún género. Asiste a ellos la gente común.

Estos lugares también pueden diferenciarse entre (+) o (-) generales.

Los menos eran las *picanterías* y las *chicherías*. Constituían los espacios públicos, en lugar cerrado, más populares. Sobre las primeras, escribía Basadre (1929), “acudían blancos y negros, indios y zambos, curas y militares”. Igual que a las chicherías, iban los hombres a tomar *chicha* o *pisco*, y a conversar de política y asuntos públicos, entre otras cosas.¹²

Las *pulperías* eran tiendas (más grandes que las *chinganas*) donde suministraban productos de primera necesidad, pero también vendían licor, Gálvez las describe como lugar de tertulia del “cachaco” (soldador raso), “y, así como servían de bazar, de mercado, de juguetería y hasta, en cierto modo, de café y fonda, tuvo mucho de botica y herboristería” (1935:105).¹³

El barrio de mayor concentración de picanterías fue Abajo el Puente.

¹¹ Una excepción: Haya de la Torre, el hombre más político de su generación, tuvo como centro de acción la Universidad de San Marcos, aparentemente alejado de la vida “licenciosa” que buena parte de sus contemporáneos intelectuales probaron.

¹² En realidad, picantería y chichería son dos términos que se han mezclado a lo largo del país. Según E. Llosa, en *Picanterías cusqueñas...*, chichería es una palabra originaria de la colonia. En el siglo xvi algunos documentos mencionaban a tabernas de chicha. Sólo en el siglo xvii aparece la denominación *chichería*. El término *picantería* puede derivarse de las palabras “piqueo” o, más bien, de “picar”. Los picantes solían servirse en las chicherías. Al parecer, el servicio de esas comidas se especializó, pasando a existir las picanterías. Sin embargo, sólo aparece esa denominación con Juan de Arona, pasada la mitad del siglo xix, para referirse a las “fonditas” de Lima donde se servían picantes. Aparentemente, concluye Llosa, picantería fue un término que pasó de la costa a la sierra; chichería, por el contrario, tuvo su origen en los Andes.

¹³ Este mismo autor señala que el origen del término *pulpería* habría venido del mexicano pulque. Existió con aquella denominación en otros países de sudamérica, como Argentina; sin embargo, señala el mismo autor, mientras en este país fue una tienda campera, en Perú se trató de un establecimiento urbano.

Las pulperías se podían encontrar en diferentes calles de Lima.

Para 1890, en el padrón general de establecimientos de comercio e industria en Lima, estaban inscritos:

Chinganas	207 (bodegas)
Chicha y picante	92
Pulperías	237

Había 151 locales entre cafés, tiendas de licores, *lunch* o almuerzo y billares, y 124 restaurantes o fondas. Estas últimas —la contraparte de los restaurantes en los barrios pobres— también tenían una clientela popular.

Chicherías y picanterías aún existen en buena parte de las ciudades y pueblos de la sierra. En Lima fueron decreciendo, a tal punto que en el censo de 1920, ya no se contabilizan pulperos de profesión, ni fonderos: cantinas y restaurantes remplazaron a sus similares anteriores:

Chicheros	7
Picanterías	15

Existen referencias casi nulas sobre cómo debió darse la comunicación en los espacios públicos cerrados, pero de ingreso general, como las chicherías y las fondas.

No puede ser espaciosa (la fonda): *para ser criolla tiene que ser estrecha*. Una o dos habitaciones, hasta cuatro... la cocina, lo más inmediata posible o las habitaciones del despacho, de manera que los comensales puedan oír el chirrido de las fritangas y aun atorarse con el humo (Gamarra, citado por Ortega, *ibidem*: 105).

Que fuera estrecha pudo ser, simplemente, por cuestión de precariedad. Sin embargo, esa condición creó una característica del ambiente de las fonditas (y creemos también de las chicherías y picanterías): la cercanía de los clientes, el contacto cercano con los dueños, incluso con la señora de la cocina. “Para ser criolla tiene que ser estrecha”: el contacto social inmediato era condición necesaria para su criollismo, es decir, de su aceptación popular.

Eleana Llosa, en su investigación sobre las picanterías cusqueñas (1990), señala, de modo similar a Gamarra, el contacto estrecho entre los comensales. Sentadas ante largas mesas, la gente termina hablando entre sí, y ocasionalmente se invitan chicha. De este modo, el público serrano, usualmente parco, se vuelve comunicativo y expansivo. Los dueños son conocidos de los clientes. Éstos suelen ser gente asidua; a veces entre

ellos hay relaciones de parentesco, paisanaje, etc. La música, al igual que la chicha, es esencial. La descripción es similar a la que, en los años cincuenta, hiciera Arguedas en su novela *Los ríos profundos*.¹⁴

En suma, ese lugar cerrado invita al diálogo, a la comunicación y, evidentemente, a la expresión de diferencias. La cercanía de los comensales, la chicha (o el pisco) rompen las barreras del anonimato. Allí se reafirman amistades y se crean otras nuevas. Tanto la fonda, como las picanterías, chicherías y pulperías fueron los espacios privilegiados de los compadres y “negociantes” políticos de esa época.

En seguida tenemos los callejones. Se trataban de “calles privadas”, largos pasadizos en torno a los cuales se apilaban cuartos-vivienda de familias enteras. Esta forma de hacinamiento existía desde la colonia. En 1816, Lima contaba con una población aproximada de 60 000 habitantes, 2 627 casas de mediano y pequeño tamaño, 471 callejones y 92 corralones y solares (ONEC, citado por Arroyo, 1994: 43).

Para fines del siglo xx, los callejones se habían extendido considerablemente. La población popular de Lima vivía mayormente en ellos, en departamentos estrechos, de uno o dos ambientes. Usualmente, ocupaba la manzana entera, con dos salidas a diferentes calles; cuando no, el pasadizo terminaba en un muro de adobe (Stein; 1986: 37). Uno o dos caños de agua debían compartirse entre una población que frecuentemente no bajaba de 100 personas.

Cuando se ramificaba el pasadizo en el interior, se llamaba solar. Gamarra señala:

Hay solares habitados por todo un pueblo, y por entre los que pasan grandes acequias, y para comodidad del vecindario las pulperías abren puertas falsas para la venta; y las hay tan grandes que tienen sus pulperías dentro (Ortega, *Ibidem*: 103).

También había casas de vecindad, antiguas casonas subdivididas

¹⁴ En el comienzo del capítulo 2, Arguedas describe las chicherías en Abancay: “Sólo un barrio alegre había en la ciudad: Huanupata [...] Los sábados y los domingos tocaban arpa y violín en las (chicherías) de mayor clientela, y bailaban huaynos y marineras. Decían que en esas jaranas podían encontrarse mujeres fáciles [...]”. (La música es integradora, pues es de diferentes regiones del país.) “Todo era negro de suciedad y de humo. Varias mestizas atendían al público [...] Los indios y cholos las miraban con igual libertad”. (Dentro de este espacio sucio y humoso, la gente de distintos orígenes, étnico y social goza de esa libertad expresiva que sería inconcebible fuera.) Más adelante, el autor explica el contacto entre los clientes a través de la música; cómo se podía pedir una canción, cómo se iban aprendiendo huaynos de diferentes regiones, lo que integraba a los forasteros.

para mayor rentabilidad. Por ello, la apariencia externa podía no dejar entrever el nivel de hacinamiento y deterioro de su interior. Pero de estas últimas no trataremos, pues nos interesan el callejón y el solar como espacios públicos semiprivados: ese lugar de encuentro compartido que significan los pasadizos. El caso de las casas de vecindad es algo distinto.

Las “jaranas” (fiestas) tenían como ambiente privilegiado esos callejones, sobre todo los de Abajo el Puente. Allí se tocaban valeses y polcas, se bailaban marineras, acompañados de pisco u otro aguardiente y platos criollos.

Los espacios de la calle y de la plaza son, obviamente, los lugares más públicos. Espacios que, no habiendo en esa época medios masivos de comunicación, tenían mucha mayor relevancia que en la actualidad. Durante aquella época se terminó de construir la avenida más ancha del centro histórico: La Colmena. El Paseo Colón, como dijimos, al lado del Parque la Exposición, para el paseo de la gente adinerada, también se concluyó entonces. Además, se ampliaron otras vías, de tal modo que, por primera vez, Lima empezó a mirar hacia el mar.

También se inauguraron la luz eléctrica y el tranvía de Lima, con lo que se prolongaron las “horas públicas”.

En cuanto a las plazas, existían 33, hasta el derrumbe de las murallas de la ciudad, de las cuales 30 estaban localizadas al pie de los templos cuyos nombres llevaban. Según Manuel A. Fuentes, en 1860 “la única que por su extensión, merece el nombre de plaza, es la principal o mayor, situada casi en el centro de la ciudad: comprende una fanagada de tierra” (1925: 9).

Para comienzos de siglo, la situación no había variado sustancialmente. Sólo estaba el Parque de la Exposición, con su paseo en medio, mencionado antes.

Finalmente, en cuanto a mercados, para 1904 existían cuatro importantes, en los bordes del Centro histórico (Gunther, 1986: 14); el de la Concepción, de los Cádices, de la Aurora y del Baratillo.

El papel de la prensa

Los periódicos y revistas no son concretamente un espacio, al menos no en el concepto más físico que manejamos. En términos simbólicos sí lo son: dentro de éstos se expresan preocupaciones públicas y su divulgación es masiva y accesible a todos.

A fines de siglo existían sólo cuatro periódicos que se habían man-

tenido más allá de las coyunturas políticas. Los más eran los de corta duración, para apoyar determinadas candidaturas. Cumplido este fin, desaparecían.

El más antiguo de los diarios del país, en ese entonces, era *El Comercio* —caracterizado por su pretendida “objetividad”, la predominancia de sus notas económicas y su servicio de cable (desde 1884), era el que más propiamente expresaba, en sus páginas de opinión, la línea civilista. También existían los de oposición. El más conocido, durante la primera década del siglo, fue *La Prensa*, que pertenecía al líder del Partido Liberal. Es decir, todos tenían algo en común: estaban alineados con la tendencia de alguno de los partidos del orden oligárquico. Sin embargo, ello no evitó que centros de redacción como los de *La Prensa* y *El Tiempo*, en la segunda década, fueran, hasta cierto punto, espacios alternativos, de encuentros, sobre todo entre los nuevos periodistas que empezaban a expresar su perspectiva como jóvenes provincianos que se sentían postergados. Tales fueron los casos de Mariátegui, César Falcón y Humberto del Águila en el segundo, y Valdelomar en el primero (y antes también Mariátegui). Conformaban un circuito bohemio particular. Éstas y otras vías alternativas a los salones y clubes (pues obviamente no tenían entrada a los exclusivos) las trataremos en otra parte.

A partir de la primera década del siglo, empezaron a extenderse en popularidad los periódicos humorísticos: *Monos y monadas* (1907) fue el más conocido. Éstos, no es exagerado afirmar, constituyeron una ruptura significativa. No es que no hubiera habido antes prensa de humor. *El Aleutazo del murciélago*, de Manuel Atanasio Fuentes, fue tal vez el más conocido en el siglo pasado. La diferencia estaba en la extensión de dicho periodismo, no sólo en tiraje, sino en cuanto que supo llegar a los nuevos sectores emergentes de entonces. Éstos fueron quienes hicieron la lectura “subversiva”.

Asimismo, en la segunda década aparecieron revistas literarias como *Colónida*, de donde salieron los intelectuales más renovadores de los siguientes años.

No es menos relevante el *Cancionero limeño*. Sus ejemplares se han perdido, en parte debido al desinterés de los académicos por conservarlo. Se sabe que tenía una circulación periódica en las fábricas y barrios populares. Sus letras expresaban actitudes y puntos de vista entendidos como “populares”, frente a sentimientos universales como el amor.

Si bien el tiraje de estos medios no puede considerarse masivo, mediante la lectura oral y el comentario, el diálogo público estuvo indudablemente influido por dichas lecturas.

Cuadro 1

Publicidad de la República de Notables

<i>Tipo de espacios</i>	<i>+ Adentro</i>			<i>+ Afuera</i>	
	<i>Exclusivos</i>	<i>+ Restringidos</i>	<i>- Restringidos</i>	<i>- Generales</i>	<i>- Generales</i>
De socialidad primaria	Salones Clubes		Cafés Restaurantes	Picanterías Chicherías Pulperías Fondas	Callejones Plazas
Instituciones modernas		Partidos Universidad de San Marcos (desde 1910)	Sindicatos Universidad de San Marcos (desde 1910) Prensa	Fábricas Clubes políticos (en época de elecciones)	

Publicidad y acción ciudadana: apuntes finales

Este “mapeo” que hemos presentado, la reconstrucción de los espacios públicos, como hemos reiterado, para nosotros tiene una función importante: ubicar las prácticas cotidianas de la política. Aparentemente, los lugares públicos se presentan de este modo, a primera vista, como centros separados, inconexos. La relación entre ellos —al menos, como lo gramos establecer para el caso que investigamos— va apareciendo conforme se desentrañan las prácticas políticas al interior de cada uno. Sólo de este modo pudimos extraer pautas hipotéticas de relación interespatial.

Así, en nuestro estudio concreto sobre la Lima de comienzos de siglo encontramos, en esa exploración de la cotidianidad, relaciones informales que, en última instancia, pesaban de manera más determinante que los lazos institucionales partidarios, al momento de tratar de entender la estabilidad del orden político. Nos referimos, sobre todo, a las relaciones de compadrazgo y padrinazgo. Vínculos personales de ayuda y fidelidad, el primero entre sujetos de similar condición social; el segundo, entre “desiguales”, con una correspondencia más compleja: uno, el de “arriba”, ofrece protección, beneficios materiales, etc.; el otro, el de “abajo”, lealtad expresada eventualmente en votos.

Estos compromisos permiten entender el contacto interespatial que iba de los callejones y del barrio (chicherías, picanterías, fondas, etc.) hasta los clubes políticos y las fábricas, lugares de vinculación con la esfera de los políticos o notables. Si bien, el orden “aristocrático” estaba

caracterizado por la exclusión política de una mayoría, estos vínculos informales nos muestran una cierta legitimidad “por detrás” de la política oficial.

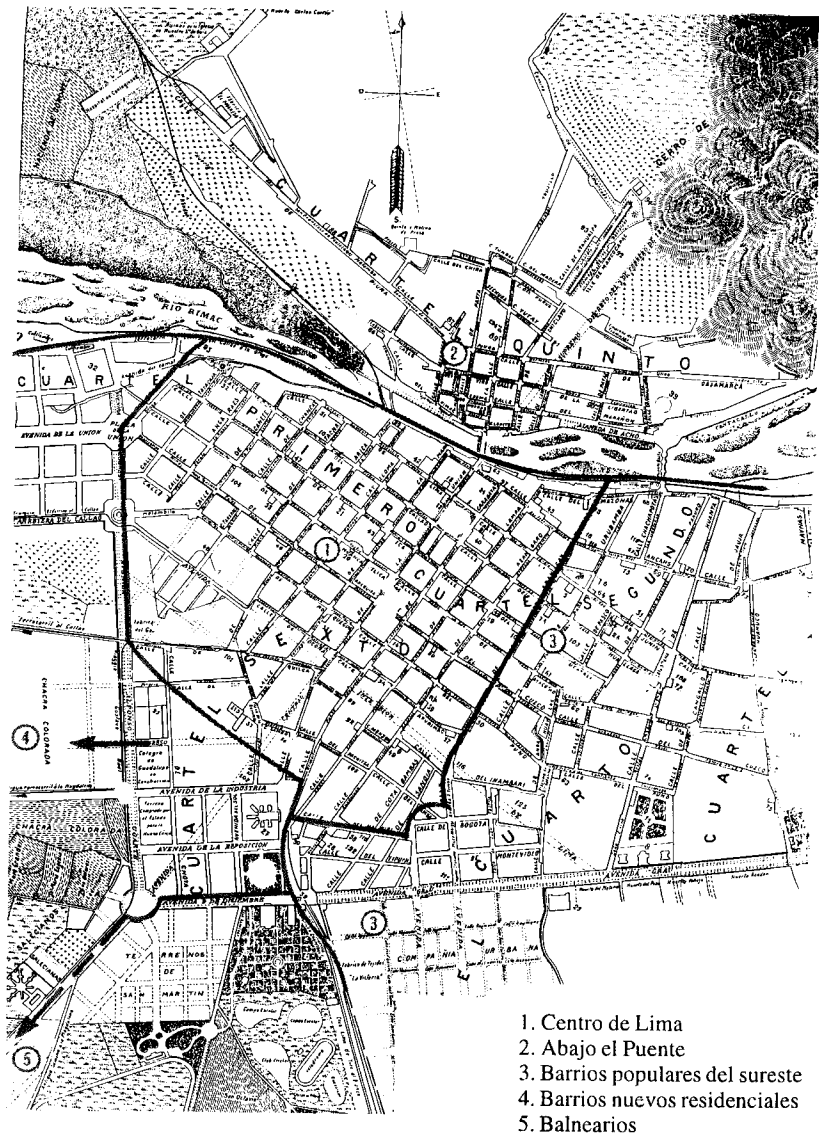
La relevancia de estas relaciones, reiterada en crónicas de la época, testimonios, memorias, etc., permite entender el porqué de la relativa estabilidad (al menos en las urbes) de más de dos décadas, contraria a la tesis de la coersión, que suele exponerse para entender la duración de esta democracia restringida.

Recibido en marzo de 1995
Revisado en junio de 1995

Correspondencia: Av. 28 de Julio, núm. 275, Deptamento 1003/Lima, 18/Perú/
Fax 98 511 224 05 43.

Mapa 1

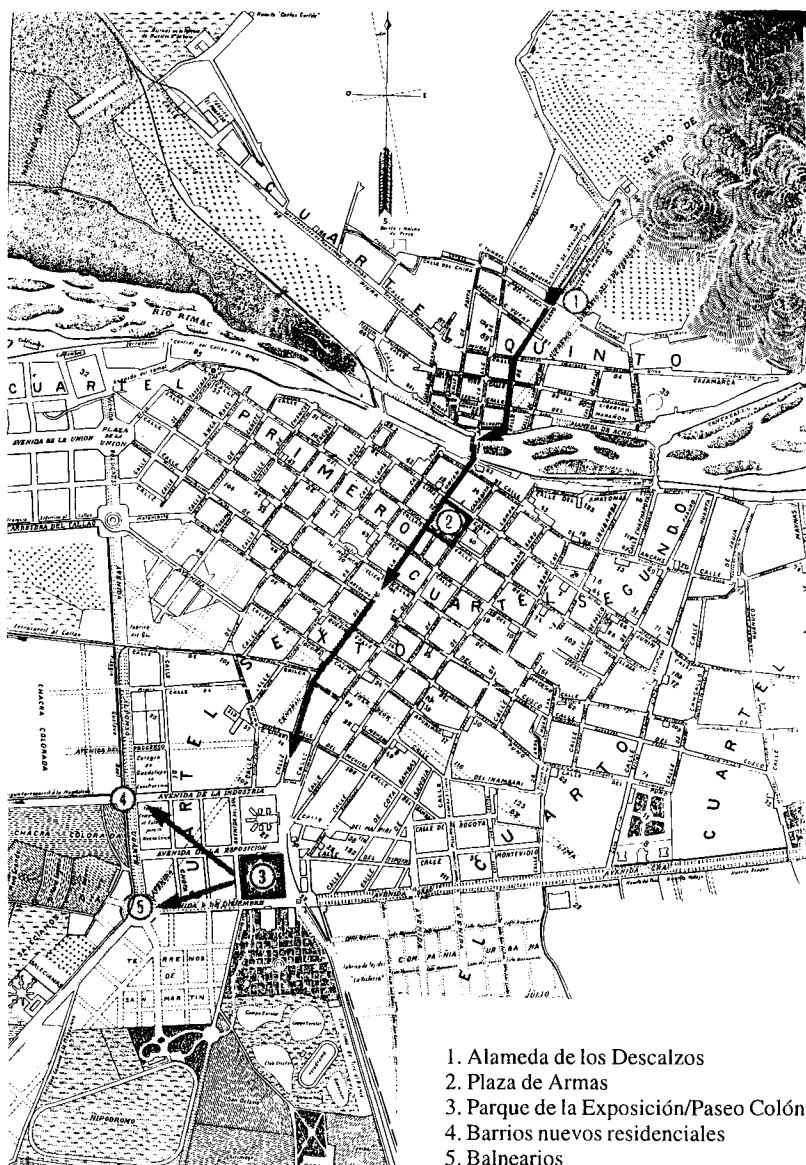
Mapa general de la ciudad de Lima (1904)



Fuente: Ingeniero Basorco, plano 14, en J. Gunther (1986), *Planos de Lima*.

Mapa 2

Expresión espacial de la tendencia “oligárquica” de modernidad



Bibliografía

- Archivo General de la Nación (1904-1914), *Legajos de la Prefectura de Lima*, Lima.
- Arguedas, José María (1992), *Los ríos profundos*, Madrid, Alianza Editorial.
- Arroyo, Eduardo (1994), *El Centro de Lima. Uso social del espacio*, Lima, Fundación Friedrich Ebert.
- Basadre, Jorge (1929), *La multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú*, Lima.
- _____ (1968), *Historia de la república del Perú*, t. X-XVI, Lima, Universo.
- Capelo, Joaquín (1895), *Sociología de Lima*, Lima, Biblioteca Popular.
- Collantes, Aurelio (1972), *Canción criolla*, Lima, Imprenta La Cotera.
- Da Matta, Roberto (1987), *A casa e a rua*, São Paulo.
- De Certeau, Michel (1990), *L'invention du quotidien. 1. Arts de faire*, París, Gallimard.
- Fernández, Pablo (1991), *El espíritu de la calle. Psicología política de la cultura cotidiana*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- Flores Galindo, Alberto (1984), *Aristocracia y plebe: Lima 1760-1830*, Lima, Mosca Azul Editores.
- Fuentes, Manuel Atanasio (1925), *Lima. Apuntes históricos, descriptivos, estadísticos y de costumbres*, Lima, Imprenta E. Moreno.
- Gálvez, José (1935), *Estampas limeñas*, Lima, Enrique Bustamante y Ballivián.
- _____ (1943), *Calles de Lima y meses del año*, Lima.
- _____ (1945), *Una Lima que se va*, Lima, Okura.
- Gunther, Juan (1986), *Planos de Lima (1613-1983)*, Lima, Municipalidad de Lima.
- González Prada, Manuel (1938), *Figuras y figurones*, París, tipografía de Louis Bellenand et fils.
- Habermas, Jürgen (1981), *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Barcelona, Gili.
- Llorens, José Antonio (1983), *Música popular en Lima. Criollos y andinos*, Lima, IEP.
- Llosa, Eleana (1990), *Picanterías cusqueñas. Vitalidad de una tradición*, Lima, PUC (tesis).
- Ortega, Julio (1986), *Cultura y modernización en la Lima del 900*, Lima, CEDEP.
- Otero, Gustavo Adolfo (1926), *El Perú que yo he visto*, La Paz, Imprenta Artística.
- Palma, Ricardo (1899), *La bohemia de mi tiempo*, Lima.
- Romero, José Luis (1976), *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, México, Siglo XXI Editores.
- Salazar Bondy, Sebastián (1935), *Lima la horrible*, México, FCE.
- Sánchez, Luis Alberto (1974), *Testimonio Personal*, t. I, Lima, Villarán.
- Segura, Manuel Asencio (1972), *Artículos de costumbres*, Lima, Universo.
- Sennett, Richard (1978), *El declive del hombre público*, Barcelona, Península.
- Stein, Steve (1986), *Lima obrera 1890-1930*, Lima, El Virrey.

